

R

eflexiones sobre la tercera edad

Tengo sesenta años y ya entro en el décimo de exilio. He vivido horas felices y otras duras, desgarrantes. Este Encuentro se inscribe dentro de las ricas y conmovedoras pues ha sido para mí sustantivo y no adjetivo: me abrió a la comprensión de muchos problemas y me proporcionó un nuevo planteamiento respecto de la problemática de la llamada tercera edad. Habría que referirse a todo lo que pasé, pero me limitaré a nuestro taller: "Patriarcado, Mujer y Tercera Edad". En el encuentro éramos más de 600 mujeres y muchas de "esta edad"; sin embargo, sólo 7 se inscribieron en él. Me sentí mal, me angustié y quise suprimirlo; luego, con Emilia Villalonga, con quien compartíamos la coordinación, meditamos y vimos que en ese minimundo se estaba reproduciendo lo que sucede en la sociedad toda: la mujer de la tercera edad sufre una doble discriminación, por mujer y por su edad, aun por las mismas mujeres. Fue a partir de esa reflexión que pudimos trabajar en profundidad y acordar conclusiones y estrategias que superaban lo propuesto en el taller que sobre la tercera edad mantuvimos en Flora Tristán, con mujeres de clase media entre los 50 y 60 años.

La prolongación de la vida, sobre todo en los países llamados desarrollados, ha hecho surgir nuevos problemas referidos, por ejemplo, a la jubilación de la mujer y su legislación; a su posibilidad de realizar una actividad económicamente productiva; a la competencia en ese y otros campos con las generaciones más jóvenes; a su capacidad de consumo y

consiguiente captación; a los planes de salud, vivienda, educación; a lo que significa su peso en las decisiones electorales; por cierto que todo tiene que ver con nuestras propias vidas individuales y nuestros proyectos.

Dada la dificultad para ubicar el comienzo de la tercera edad, nos propusimos analizar el problema a partir de dos grandes variables: rol reproductor, rol productor. La primera variable es determinante y propia de nuestro sexo; la segunda está, además, vinculada a la clase. En este taller tratamos, prácticamente, todos los problemas conectados al sometimiento y opresión de las mujeres. Estos nos son comunes a todas y en la tercera edad estos problemas aparecen cristalizados; por ello, pondré el acento sobre un punto específico: la menopausia.

La legislación establece una edad promedio para la jubilación de la mujer que oscila entre 50-55 años, en muchos casos, se ve obligada a salir del mercado productor; suele ser el momento en que sus hijos se van del hogar y es también alrededor de esta misma edad que entra en la menopausia. Tiene aún —dentro del universo citado— una expectativa de vida de 20 a 25 años.

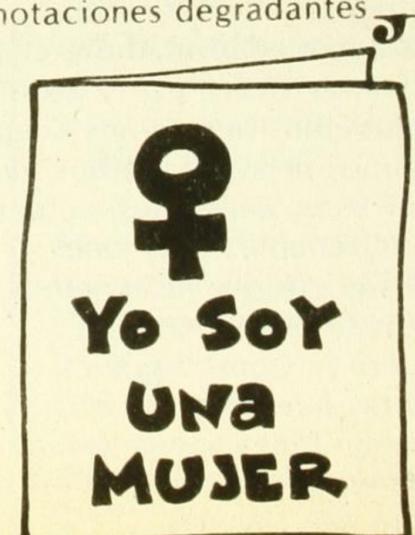
La menopausia, con su consecuente pérdida del rol reproductor, es propia de todas las mujeres; tiene una base biológica que sirve de sustento socio-psicológico para el aumento de la desvalorización y autodesvalorización de la mujer, sobre todo en sociedades donde los más altos valores están depositados en la juventud y en la utilización de

la maternidad.

Los mensajes sociales refuerzan la idea que ser mujer equivale a ser madre. A la niña, cuando comienza su menarca, se le dice: "cuidate, ya eres una mujercita"; y en la menopausia el mensaje permanente es "ya no eres mujer". Ser mujer no depende del flujo menstrual, ni de la maternidad, es mucho más que eso.

La menopausia no es una minusvalía, es una etapa natural de la vida, con características particulares que son utilizadas y deformadas para aumentar la desvalorización de la mujer. Esto trae como consecuencia depresión, abatimiento, angustia, que no son productos de la menopausia en sí, sino de lo que ella implica socialmente.

Los textos que describen los "síntomas" menopáusicos dicen que en esta etapa se siente, entre otras cosas, ansiedad, nerviosismo, insomnio, irritabilidad, depresión, angustia; ¿cómo no padecer estos "síntomas" si muchas mujeres sienten perder lo que había sido su fuente de estima? La misma palabra menopausia está cargada de connotaciones degradantes.



Los médicos registran los casos de mujeres que acuden a ellos por padecimientos categorizados como menopáusicos; pero hay millones de mujeres que no vamos a consultarlos, a pedir su "ayuda" que se refleja en palmaditas y sonrisas de superioridad "comprensiva", recetas de sedantes, hormonas cancerígenas y extirpación de órganos que "ya no sirven".

Por siglos se ha dicho "parirás a tus hijos con dolor". Las mujeres hemos luchado y estamos ganando la batalla contra esa maldición bíblica —ya reacomodada por la iglesia—; la de la menopausia y la tercera edad es otra gran lucha.

Sólo en una tercera parte de nuestra vida podemos las mujeres reproducir hijos; sin embargo, pareciera que allí reside nuestro único valor. La mujer que sólo ha puesto su energía y su sexualidad al servicio de la maternidad, que no se ha construido una vida autónoma, para sí, llega a esta edad con malestar difuso, vacía, inútil, siente que su ser no tiene sentido, que los hijos no la necesitan, que son ingratos; ya las tareas del hogar no le requieren tanto tiempo y no sabe cómo llenar sus horas libres; depende de su marido económicamente y es él quien toma las decisiones; todo esta aumenta sus inseguridades, sus miedos, sus represiones y sometimiento.

El mandato de ser jóvenes y bellas también está perdido. En los cuentos de hadas, la imagen de la bruja está unida a las viejas, feas, perversas, envidiosas; las "buenas" son jóvenes, bellas, doncellas. Cuando la doncella deje de serlo, cuando llegue a la tercera edad ¿se convertirá en bruja?

La necesidad de ser joven y bella es una trampa. Basta de eufemismos que dificultan las definiciones: tercera edad, edad madura, cierta edad. *Somos viejas*, así lo asumimos y así queremos que se nos acepte. Pero somos *personas*, somos *mujeres* que sentimos, pensamos, actuamos, amamos, tenemos relaciones sexuales gozosas y no tenemos que avergonzarnos de nada, ni escondernos. Como mujeres completas queremos nuestro espacio sin tener que disfrazarnos para parecer lo que no somos ni podemos ser: jóvenes.

Las mujeres podrán o no llegar a

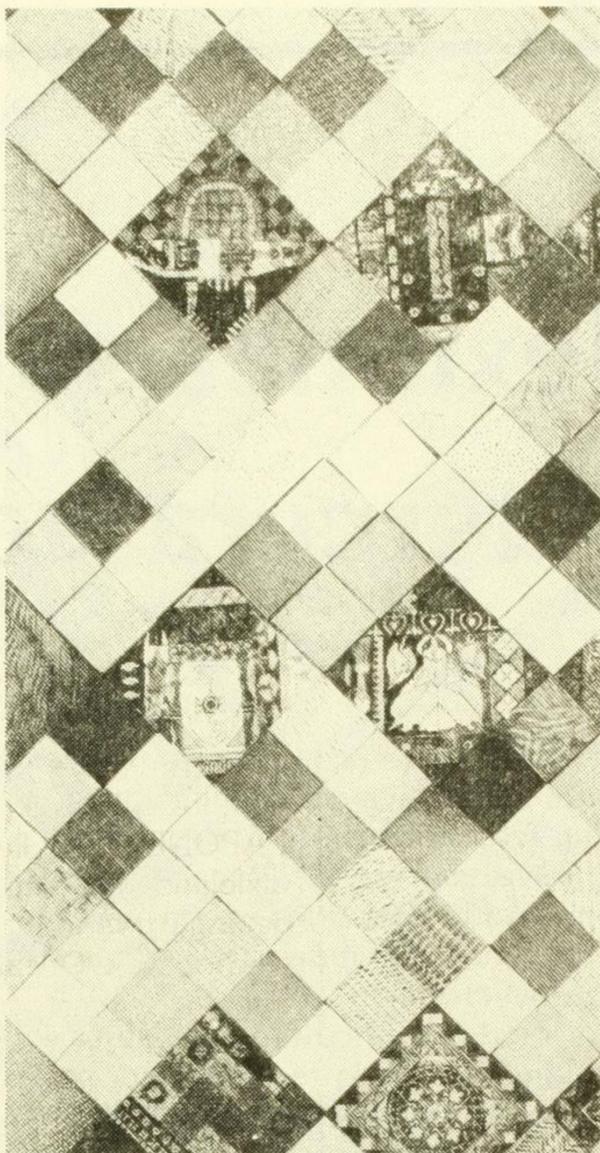


Foto de Eva Inkeri

ser profesionales, "intelectuales", militantes políticas, etc., pero siempre llegarán a ser viejas y menopáusicas. Para llegar a esta etapa sintiéndose personas plenas, no estafadas, autónomas y fuertes, la lucha por la estima y autoestima debe comenzar con la vida misma y

continuar sin descanso.

La propuesta del taller del Encuentro es tener grupos de reflexión y acción con mujeres de la misma edad y de generaciones más jóvenes para la mutua comprensión y la lucha compartida en la construcción de nuestra utopía feminista: una sociedad igualitaria sin discriminaciones ni prejuicios, que rescate todo lo que por femenino ha sido desvalorizado: los sentimientos, la emoción, una maternidad reubicada como acto de amor y creación y que no cesa con la pérdida del rol reproductor, sino que adquiere otra significación. La maternidad como *opción*, asumida en libertad, como parte de la recuperación de lo efectivo en lo humano, no como hecho compulsivo e impuesto, como única realización de la mujer.

Para concluir, retomando mi primera frase sobre mi edad y el exilio, debo decir que el feminismo, la solidaridad de mis compañeras peruanas, que no me discriminaron ni por mi edad ni por mi origen, y que me dieron un espacio de afecto y de trabajo, me permitieron reencontrarme y reencauzar mi vida en una lucha por un ideal común.

* Blanca Ibarlucía, periodista e investigadora argentina exilada en Perú. Ha organizado varios seminarios y grupos de estudio sobre la mujer de la tercera edad.

aparecieron

OBRAS COMPLETAS

Felisberto Hernández

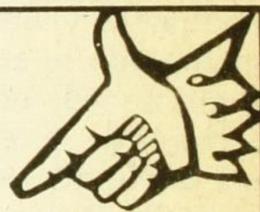
Vol. 1 * **Primeras invenciones**
* **Por los tiempos de Clemente Colling**

Vol. 2 * **El caballo perdido**
* **Nadie encendía las lámparas**
* **Las hortensias**

Vol. 3 * **Tierras de la memoria**
* **Diario del sinvergüenza**
* **Últimas invenciones**

EL MUNDO DEL MÚSICO:
Cartas de grandes compositores

Hans Gal



siglo
veintiuno
editores